

## LA ORDEN

### LA ORDEN: FUGA Y AGUIJÓN

«Una orden es una orden»: puede que el carácter definitivo e indiscutible propio de la orden sea la causa de que se haya reflexionado tan poco sobre ella. La aceptamos como algo que siempre ha existido tal cual es, nos parece tan natural como indispensable. Desde pequeños estamos acostumbrados a escuchar órdenes, ellas configuran buena parte de lo que llamamos educación; toda la vida adulta está también impregnada de ellas, ya se trate de las esferas del trabajo, de la lucha o de la fe. Apenas si nos hemos preguntado qué es propiamente una orden; si en realidad es tan simple como parece; si a pesar de la rapidez y facilidad con que obtiene lo que espera, no deja otras huellas más profundas, quizá incluso hostiles, en la persona que la ejecuta.

La orden es más antigua que el lenguaje, si no, los perros no podrían entenderla. El adiestramiento de animales se basa precisamente en el hecho de que estos, sin conocer lenguaje alguno, aprenden a comprender lo que deseamos de ellos. En órdenes breves y muy claras, que en principio en nada se diferencian de las que se imparten a las personas, el adiestrador va manifestándoles su voluntad. Los animales las obedecen, del mismo modo que acatan las prohibiciones. Resulta pues perfectamente legítimo buscar para la orden raíces muy antiguas; por lo menos está claro que, de alguna forma, existe también fuera del ámbito de la sociedad humana.

El tipo de efecto más antiguo de la orden es la fuga. Le es dictada al animal por una criatura más fuerte, ajena a él. La fuga solo es en apariencia espontánea; el peligro siempre tiene una forma; y ningún animal huirá sin antes haberlo presentado. La orden de huir es tan fuerte y directa como la mirada.

La esencia misma de la fuga presupone desde un principio la diversidad de las dos criaturas que de este modo entran en contacto. Una de ellas se limita a manifestar que quiere devorar a la otra; de ahí la mortal seriedad de la fuga. La «orden» obliga al animal más débil a ponerse en movimiento, al margen de que luego sea realmente perseguido o no. Lo único importante es la intensidad de la amenaza: de la mirada, de la voz, de la forma que impone el terror.

La orden deriva, pues, de la orden de fuga: en su forma más primigenia se produce entre dos animales de especie diferente, uno de los cuales amenaza al otro. La gran diferencia de poder entre ambos, el hecho de que uno de ellos casi pueda decirse que está acostumbrado a servir de presa al otro, lo incommovible de esta relación, que parece como establecida desde siempre, todo esto da al acontecimiento un carácter absoluto e irrevocable. La huida es la única y última instancia a la que puede apelarse contra esta sentencia de muerte. El rugido de un león que sale a cazar es realmente una sentencia de muerte: es el único sonido de su lenguaje que todas sus víctimas entienden; y puede que esta amenaza sea lo único común entre ellas, tan diferentes unas de otras. La orden más antigua, impartida mucho antes de que hubiera hombres, es una sentencia de muerte y obliga a la víctima a la fuga. Haremos bien en recordarlo cuando hablemos de la orden entre hombres. El carácter terrible y despiadado de la sentencia de muerte se trasluce detrás de toda orden. El sistema de órdenes entre los hombres está constituido de manera tal que, en general, escapamos a la muerte; si bien el terror que esta nos inspira, su amenaza, siguen estando presentes, y el mantenimiento y ejecución de verdaderas sentencias de muerte mantienen despierto el terror ante cualquier orden, ante las órdenes en general.

Pero olvidemos ahora por un momento lo que hemos descubierto sobre el origen de la orden y observémosla sin prejuicios, como si fuera por primera vez objeto de nuestra

consideración.

Lo primero que llama la atención en la orden es que provoca una acción. Un dedo extendido que señala en una dirección puede tener el efecto de una orden: todos los ojos que perciben el dedo se vuelven en la misma dirección. Parecería que lo único importante en la orden fuera la acción que provoca, cuya orientación está determinada. Desplegarse en una dirección es particularmente relevante; invertirla resulta tan inadmisibile como modificarla.

Es propio de la orden no admitir desacuerdo alguno. No es lícito discutirla, explicarla ni ponerla en duda. Es clara y concisa, pues debe ser entendida de inmediato. Un retraso en la recepción perjudica su fuerza. Con cada repetición no seguida de su ejecución, la orden va perdiendo algo de su vida; al cabo de un tiempo yace por tierra, exhausta e impotente, y en ese caso es mejor no revivirla. Porque la acción que la orden provoca está ligada a su instante. Aunque pueda ser fijada para un momento posterior, tiene que estar determinada, ya sea en forma expresa, ya sea implícitamente en su propia naturaleza.

La acción que se ejecuta bajo una orden es distinta de todas las demás acciones. Es percibida como algo extraño; su recuerdo nos roza como algo ajeno, como una ráfaga de viento que pasara fugazmente a nuestro lado. Puede que la rapidez de ejecución que exige una orden contribuya a que la recordemos como algo extraño; pero esto solo no basta para explicarlo. Lo que cuenta es que la orden provenga de fuera. A nosotros solos no se nos habría ocurrido. Forma parte de aquellos elementos de la vida que nos son impuestos; nadie los desarrolla dentro de sí mismo. Incluso cuando de pronto surgen personas aisladas con una enorme cantidad de órdenes e intentan con ellas fundamentar una nueva fe o renovar una antigua, tales personas mantienen siempre estrictamente la apariencia de una carga extraña e impuesta. Nunca hablarán en su propio nombre. Lo que exigen a los demás les ha sido

encomendado; y por mucho que mientan en algunas cosas, en este único punto serán siempre sinceros: creen haber sido enviados.

Pero en ese elemento extraño que está en el origen de la orden hay que reconocer también algo más fuerte. **Obedecemos porque no podríamos combatir con perspectivas de éxito; el probable vencedor es el que ordena.** El poder de la orden ha de ser indiscutible; si ha menguado, deberá estar dispuesto a reafirmarse mediante la lucha. En general, sigue siendo reconocido durante largo tiempo. **Sorprende advertir cuán raramente se exigen nuevas decisiones; los efectos de las antiguas persisten. Los combates victoriosos siguen viviendo en las órdenes; en cada orden obedecida se renueva una antigua victoria.**

Visto desde fuera, el poder del que ordena crece incesantemente. La orden más nimia le añade algo. No solo se la imparte habitualmente de modo que sea útil a quien se sirve de ella, sino que también en la naturaleza de la orden misma, en el acatamiento con el que se la recibe, en el espacio que atraviesa, en su cortante puntualidad, en todo ello hay algo que **garantiza al ámbito del poder seguridad y crecimiento.** El poder emite órdenes como una nube de flechas mágicas: las víctimas que son alcanzadas por ellas se ofrendan al poderoso, llamadas, tocadas y conducidas por esas flechas.

Pero la simplicidad y unidad de la orden, que a primera vista parece absoluta e incontestable, se revela, observada con más detenimiento, aparente. La orden puede descomponerse. Es preciso hacerlo, pues de lo contrario nunca llegaremos a entenderla realmente.

Toda orden consta de un impulso y un aguijón. El impulso obliga al receptor a ejecutarla de conformidad con su contenido; el aguijón permanece en aquel que ejecuta la orden. Cuando las órdenes funcionan normalmente, como se espera de ellas, el aguijón

permanece invisible. Es secreto, insospechable; quizá se exteriorice, casi imperceptiblemente, en una leve resistencia antes de obedecer la orden.

Pero el aguijón penetra profundamente en la persona que ha ejecutado una orden y allí permanece, inalterable. Entre todos los elementos psíquicos que nos configuran, no hay ninguno que sea más inmutable. El contenido de la orden queda conservado en el aguijón; su fuerza, su alcance, sus limitaciones, todo ha sido prefigurado para siempre en el momento en que se imparte la orden. Pueden pasar años y décadas hasta que **esa parte hundida y almacenada de la orden, su réplica en miniatura**, salga nuevamente a la luz.

Pero es importante saber que ninguna orden se pierde jamás, nunca se acaba realmente con su ejecución, es almacenada para siempre.

Entre quienes reciben órdenes, los más afectados por ellas son los niños. Parece un milagro que no se derrumben bajo la carga de cuanto les ordenan y sobrevivan al hostigamiento de sus educadores. Que todo eso lo transmitan más tarde a sus propios hijos, y que lo hagan con no inferior crueldad, resulta tan natural como masticar y hablar. Pero lo que siempre nos sorprenderá es que las órdenes permanezcan intactas desde la más temprana infancia: en cuanto aparecen las víctimas de la siguiente generación, vuelven a estar ahí. Ninguna orden ha sufrido la menor alteración, podría haber sido impartida una hora antes y sin embargo hace veinte, treinta o más años que lo fue. La fuerza con la que el niño recibe órdenes, la tenacidad y fidelidad con que las conserva, no es un mérito individual. Ni la inteligencia ni ningún otro talento especial tienen nada que ver con ello. **Ningún niño, por normal que sea, pierde ni perdona ninguna de las órdenes con las que fue maltratado.**

El aspecto de una persona, aquello por lo que se hace reconocible, la posición de la cabeza, la expresión de la boca, su manera de mirar, cambiarán antes que la forma de la orden que ha dejado en ella su agujijón y fue almacenada como algo inalterable; e inalterada volverá a expulsarla cuando se presente la oportunidad. La nueva situación en la que la orden se desprenda deberá ser casi idéntica a la antigua en la que fue recibida. La reconstrucción de esas situaciones remotas, aunque invertidas, es una de las grandes fuentes de energía psíquica en la vida del hombre. El «acicate» para conseguir esto o aquello, como suele decirse, es el impulso profundo para liberarnos de las órdenes que en algún momento recibimos.

Solo la orden ejecutada deja su agujijón clavado en aquel que la cumplió. Quien elude las órdenes tampoco tiene que almacenarlas. «Libre» es solamente el hombre que ha aprendido a eludir órdenes, y no aquel que solo después se libera de ellas. Y quien más tiempo necesita para esta liberación, o quien no es capaz de conseguirlo es, sin duda, el menos libre.

Ningún hombre sin prejuicios sentirá como carencia de libertad el hecho de seguir sus propios impulsos. Incluso cuando estos son más intensos y satisfacerlos supone las complicaciones más peligrosas, cada cual tiene la sensación de actuar por sí mismo. Pero todos se revuelven en su fuero interno contra la orden que les ha sido enviada desde fuera y que tienen que ejecutar, todos hablan entonces de presión y se reservan el derecho a la subversión o a la rebelión.